



EN CADA EJEMPLAR DE LA
COLECCIÓN CARA Y CRUZ EL
LECTOR ENCONTRARÁ DOS
LIBROS DISTINTOS Y COMPLE-
MENTARIOS • SI QUIERE LEER

EL PROCESO

DE

FRANZ KAFKA

EMPIECE POR ÉSTA, LA SECCIÓN
"CARA" DEL LIBRO • SI PREFIERE
AHORA CONOCER ENSAYOS
SOBRE FRANZ KAFKA Y SU
OBRA Y UNA CRONOLOGÍA,
DELE VUELTA AL LIBRO Y EM-
PIECE POR LA TAPA OPUES-
TA, LA SECCIÓN "CRUZ".

EL PROCESO

FRANZ KAFKA

EL PROCESO

TRADUCCIÓN DE
MARIO GONZÁLEZ RESTREPO

COLECCIÓN



© EDUCATIVA, S. A. S.

www.normainfantiljuvenil.com/co

Kafka, Franz, 1883-1924

El proceso / Franz Kafka ; traducción Mario González

Restrepo. -- Bogotá : © Educativa, S. A. S., 2007.

328 p. ; 21 cm. -- (Colección cara y cruz)

Con : A propósito de cuentos de la calle / Mario González

Restrepo, Héctor Hoyos.

Título Original : Der Prozess.

ISBN 978-958-45-0612-2

1. Novela checoslovaca 2. Procesos (Derecho) - Novela

3. Administración de justicia - Novela I. González Restrepo,

Mario, 1958- , tr. II. Hoyos, Héctor III. A propósito de

cuentos de la calle IV. Tit. V. Serie.

891.863 cd 21 ed.

A1144942

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Título original en alemán

Der Prozess

de Franz Kafka

© 2008 Educativa, S. A. S.

Carrera 11A N.º 98-50 Ofic. 501., Bogotá, Colombia

ISBN 978-958-45-0612-2

Primera edición: febrero, 2008

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra

sin permiso por escrito de la Editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación

“N/Norma/Carvajal” bajo la licencia de Grupo Carvajal
(Colombia)

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Impreso en Colombia

www.normainfantilyjuvenil.com/co

Traducción: Mario González Restrepo

Edición: Cristina Puerta

Diagramación y armada: Andrea Rincón

Elaboración de cubierta: Patricia Martínez Linares

61074447

ISBN 978-958-45-0612-2

CONTENIDO

1. DETENCIÓN — CONVERSACIÓN CON LA SEÑORA GRUBACH DESPUÉS LA SEÑORITA BÜBSTNER	9
2. PRIMERA INDAGATORIA	41
3. EN LA SALA DE SESIONES DESIERTA EL ESTUDIANTE — LOS DESPACHOS	59
4. LA AMIGA DE LA SEÑORITA BÜBSTNER	85
5. EL APALEADOR	95
6. EL TÍO — LENI	103
7. ABOGADO — FABRICANTE — PINTOR	127
8. COMERCIANTE BLOCK DESPIDO DEL ABOGADO	183
9. EN LA CATEDRAL	219
10. FIN	245

I. DETENCIÓN — CONVERSACIÓN CON LA SEÑORA GRUBACH DESPUÉS LA SEÑORITA BÜRSTNER

ALGUIEN DEBIÓ HABER CALUMNIADO A JOSEF K, porque una mañana, sin que hubiera hecho nada malo, lo detuvieron. La cocinera de la señora Grubach, su casera, que cada día a eso de las ocho le traía el desayuno, no vino esta vez. Aquello nunca antes había sucedido. K esperó todavía un momento, desde su almohada veía a la vieja señora que vivía enfrente observándolo con una curiosidad verdaderamente desacostumbrada en ella, pero después timbró, tan extrañado como hambriento. De inmediato tocaron a la puerta y entró un hombre a quien nunca antes había visto en esa casa. Era delgado y, sin embargo, fornido y llevaba un vestido negro ajustado que, a semejanza de los trajes de viaje, estaba provisto de diversos pliegues, bolsillos, hebillas, botones y un cinturón, por lo cual parecía muy práctico, sin que uno tuviera claro para qué podía servir.

—¿Quién es usted? —preguntó K, incorporándose a medias en la cama.

Pero el hombre pasó por alto la pregunta, como si su aparición tuviera que aceptarse sin más ni más, y dijo tan sólo:

—¿Llamaba usted?

—Anna debe traerme el desayuno —dijo K e intentó establecer, en silencio primero, mediante la atención y la reflexión, quién era

en realidad el hombre. Pero este no se dejó ver mucho tiempo, sino que se volvió hacia la puerta y la entreabrió para decirle a alguien que por lo visto estaba inmediatamente detrás de la puerta:

—Quiere que Anna le traiga el desayuno.

En la habitación contigua se oyó una breve carcajada, a juzgar por el sonido, no era seguro que no hubieran participado en ello varias personas. Aunque el extraño no pudo haberse enterado así de nada que no supiera de antemano, le dijo a renglón seguido a K en el tono de quien rinde un informe:

—Es imposible.

—Eso sería una novedad —dijo K, saltó de la cama y se puso aprisa los pantalones—. Quisiera ver qué clase de gente hay en la otra habitación y cómo va a explicarme la señora Grubach esta molestia.

Enseguida se le ocurrió que no debió haber dicho aquello en voz alta y que al hacerlo le reconocía al extraño de cierto modo el derecho a vigilarlo, aunque por lo pronto esto no le pareció importante. En cualquier caso, así lo interpretó el extraño porque dijo:

—¿No prefiere quedarse aquí?

—No quiero ni quedarme aquí ni que usted me dirija la palabra hasta que no se haya presentado.

—Era con buena intención —dijo el extraño y abrió la puerta.

En la habitación de al lado, donde K entró despacio, como quería, todo lucía a primera vista casi idéntico a como estaba la tarde anterior. Era la sala de la señora Grubach; tal vez había hoy más espacio de lo acostumbrado en aquella habitación atiborrada de muebles, manteles, porcelanas y fotografías, no se notaba enseguida, más que todo porque el principal cambio consistía en la presencia de un hombre sentado junto a la ventana abierta con un libro, del cual alzó los ojos en ese momento:

—¡Usted debía permanecer en su alcoba! ¿No se lo dijo Franz?

—Sí, ¿qué desea? —dijo K y paseó la mirada del recién conocido al llamado Franz, que había permanecido en la puerta, y otra vez al frente.

Por la ventana abierta se veía de nuevo la vieja señora, quien con verdadera curiosidad senil se había asomado a una ventana que ahora quedaba enfrente para seguir también presenciándolo todo.

—Quiero ver a la señora Grubach —dijo K, moviéndose como si se zafara de los dos hombres, situados, no obstante, bastante lejos de él, y quiso marcharse.

—No —dijo el hombre de la ventana, arrojó el libro a una mesita y se puso de pie—. No puede irse, está detenido.

—Así parece —dijo K—. ¿Y eso por qué? —preguntó a continuación.

—No se nos ha instruido para decírselo. Vaya a su habitación y espere. El procedimiento está en marcha y usted se enterará de todo a su debido tiempo. Voy más allá de mis atribuciones al hablarle con tanta amabilidad. Pero espero que no lo oiga nadie además de Franz y él mismo es amable con usted en contra de todos los reglamentos. Si también en lo sucesivo tiene tanta suerte como con el nombramiento de sus guardianes, entonces puede estar confiado.

K quiso tomar asiento, pero advirtió en ese momento que, salvo el sillón junto a la ventana, en toda la habitación no había donde sentarse.

—Ya comprenderá lo cierto que es todo eso —dijo Franz, aproximándose a él con el otro hombre.

Este último, en especial, era mucho más alto que K y le dio repetidas palmadas en el hombro. Ambos examinaron la camisa del pijama de K y dijeron que ahora tendría que usar una camisa de mucha menor calidad, pero que ellos guardarían aquella camisa, al igual que el resto de su ropa, y se la devolverían si su

asunto tenía un desenlace favorable.

—Es mejor que no entregue sus cosas en el depósito, sino a nosotros —dijeron—, porque en el depósito a menudo ocurren fraudes y allá, además, venden todas las cosas después de cierto tiempo, no importa si el respectivo procedimiento ha terminado o no. ¡Y cuánto duran semejantes procesos, sobre todo en el último tiempo! Ciertamente que al final el depósito le entrega el producto de la venta, pero, para comenzar, dicho producto es ya de por sí reducido, puesto que en la venta lo decisivo no es el monto de la oferta, sino el monto del soborno, y la experiencia enseña que la cantidad sigue reduciéndose a medida que pasa de mano en mano y de año en año.

K apenas prestó atención a esas palabras, no valoraba demasiado el derecho de posesión sobre sus cosas, del que acaso todavía gozaba, mucho más importante le resultaba aclarar su situación; pero en presencia de aquella gente ni siquiera podía pensar, la barriga del segundo guardián —puesto que sólo podían ser guardianes— chocaba una y otra vez con él de un modo casi cordial, pero cuando levantaba la mirada veía un rostro seco, huesudo, con una nariz gruesa, torcida hacia un lado, que no encajaba en absoluto con aquel cuerpo robusto, entendiéndose con el otro guardián por encima de K. ¿Qué clase de hombres eran aquellos? ¿De qué hablaban? ¿A qué autoridad pertenecían? K vivía, por supuesto, en un Estado de derecho, la paz reinaba en todas partes, todas las leyes se mantenían en pie, ¿quién se atrevía a asaltarlo en su casa? Él tendía siempre a tomárselo todo con la mayor ligereza, a creer en lo peor sólo cuando lo peor hubiera sucedido, a no abrigar inquietudes por el futuro, así todo se mostrara amenazante. Pero aquí esto no le parecía apropiado, bien podía tratarse todo de una broma, una broma burda que los colegas del banco habían montado por razones desconocidas para él, quizás porque ese día cumplía treinta años, desde luego era posible, quizás sólo necesitaba reírse en la cara de

los guardianes de alguna manera y ellos reirían también, quizás eran los mozos de la esquina —tenían cierto parecido—, en esta ocasión, no obstante, estaba resuelto, casi desde el momento en que vio al guardián Franz, a no dejar escapar de sus manos ni la más mínima ventaja que acaso tuviera frente a aquella gente. Consideraba un riesgo insignificante el hecho de que más tarde dijeran que no sabía apreciar una broma, recordaba en cambio —sin que fuera en general su costumbre aprender de las experiencias— algunos casos, en sí triviales, en los que a diferencia de sus amigos y con plena conciencia se había comportado sin el más mínimo sentido de las eventuales consecuencias de sus actos, sin tener cuidado, y los resultados lo habían castigado. No debía suceder de nuevo, por lo menos no esta vez; si aquello era una comedia, entonces él también quería actuar. Todavía era libre.

—Disculpe —dijo y se dirigió de prisa a su alcoba por entre los guardias.

—Parece razonable —oyó que decían detrás de él.

Tan pronto estuvo en su alcoba abrió bruscamente los cajones del escritorio, todo se encontraba allí muy ordenado, pero en su excitación no pudo hallar enseguida precisamente los documentos de identidad que buscaba. Al fin encontró su licencia de conducción de bicicletas y quiso ir con ella donde los guardias, pero luego el papel se le antojó demasiado insignificante y siguió buscando hasta que encontró el registro de nacimiento. Cuando regresó a la habitación de al lado se abrió la puerta del frente y la señora Grubach quiso entrar. Sólo la vio un instante, porque ella se turbó visiblemente en cuanto reconoció a K, pidió disculpas, desapareció y cerró la puerta con sumo cuidado.

—Bien pueda seguir —había alcanzado a decir K. Pero ahora estaba con sus papeles en la mitad de la habitación contemplando la puerta, que no volvió a abrirse, y sólo lo hizo volver en sí una llamada de los guardias, quienes estaban sentados a la mesita

junto a la ventana abierta y, como recién advirtió K, se comían su desayuno—. ¿Por qué no entró? —preguntó.

—No le está permitido —dijo el guardia alto—. Usted está detenido.

—¿Pero cómo puedo estar detenido? ¿Y de semejante manera?

—Ya empieza usted de nuevo —dijo el guardia y sumergió un pan en la miel—. Nosotros no respondemos tales preguntas.

—Tendrán que responderlas —dijo K—. Aquí están mis documentos de identidad, muéstrenme ya mismo los suyos y sobre todo la orden de captura.

—¡Cielo santo! —dijo el guardia—. ¡Usted no se hace cargo de su situación y parece haberse propuesto irritarnos sin objeto, a nosotros, que ahora estamos probablemente más cerca de usted que el resto del mundo!

—Así es, créalo —dijo Franz y, en lugar de llevarse a la boca la taza de café que sostenía en la mano, le dirigió a K una larga mirada, quizás muy significativa, aunque incomprensible. K se dejó arrastrar sin quererlo a un cruce de miradas con Franz, pero después dio una palmada a sus papeles y dijo: Aquí están mis documentos de identidad.

—¿Y a nosotros qué nos importan? —gritó entonces el guardia alto—. Usted se comporta peor que un niño. ¿Qué es lo que quiere? ¿Quiere ponerle un rápido fin a su gran proceso, a su maldito proceso, discutiendo con nosotros, los guardias, sobre documentos de identidad y órdenes de captura? Nosotros somos funcionarios subalternos, poco sabemos de documentos de identidad y lo único que tenemos que ver con su causa consiste en que lo vigilamos diez horas diarias y que nos pagan por eso. Eso es todo lo que somos, pero aun así alcanzamos a comprender que, antes de ordenar una detención, las altas autoridades a cuyo servicio estamos se informan con mucha precisión sobre las razones de la detención y sobre la persona detenida. No hay

error posible en ello. Nuestra autoridad, hasta donde la conozco, y sólo conozco los grados más inferiores, no busca algo así como la culpa en la población, sino que, como señala la ley, es atraída por la culpa y debe enviarnos a nosotros, los guardias. Eso es la ley. ¿Qué error podría haber?

—No conozco esa ley —dijo K.

—Tanto peor para usted —dijo el guardia.

—Por lo visto sólo existe en sus cabezas —dijo K, quería colarse de algún modo en los pensamientos de los guardias, volverlos en su favor o familiarizarse con ellos. Pero el guardia sólo dijo distraídamente:

—Ya tendrá ocasión de sentirlo.

Franz se mezcló en la conversación y dijo:

—Mira Willem, él admite que no conoce la ley y afirma al mismo tiempo que es inocente.

—Tienes toda la razón, pero no se le puede hacer entender nada —dijo el otro.

K no volvió a replicar; ¿debo dejarme confundir aun más, cavilaba, por la palabrería de estos delegados inferiores, como ellos mismos reconocen serlo? En todo caso, sólo hablan de cosas que no entienden en absoluto. Su seguridad sólo es posible por su estupidez. Dos palabras que hable con alguien de mi condición harán que todo resulte incomparablemente más claro de lo que sería después de la más larga discusión con estos. Fue y volvió varias veces por el espacio libre de la habitación, arriba veía a la vieja señora, quien había arrastrado a la ventana a un anciano todavía mayor y lo tenía abrazado. K debía ponerle fin a aquel espectáculo:

—Llévenme donde su superior —dijo.

—Cuando él lo desee, no antes —dijo el guardia al que llamaban Willem—. Y ahora le aconsejo —añadió— ir a su habitación, comportarse con calma y esperar qué disponen sobre usted. Le aconsejamos no dispersarse en pensamientos inútiles, sino con-

centrarse, se le plantearán grandes exigencias. No nos ha tratado como lo merecía nuestra amabilidad, ha olvidado que nosotros, seamos quienes seamos, ahora por lo menos, en comparación con usted, somos hombres libres, esa no es poca ventaja. Pese a todo estamos dispuestos, siempre y cuando tenga dinero, a traerle un pequeño desayuno de la cafetería cercana.

K guardó silencio un rato sin responder a aquel ofrecimiento. Quizás ninguno de los dos se atrevería a impedirle que abriera la puerta de la otra habitación o incluso la puerta del vestíbulo, quizás la solución más simple de todo consistía en que lo llevara al extremo. Aunque quizás se le echaban encima y, una vez dominado, habría perdido toda la superioridad que en cierto sentido tenía aún sobre ellos. Prefirió, por lo tanto, la seguridad de la solución que debía traer el curso natural de las cosas y regresó a su alcoba sin mediar más palabras, ni suyas ni de los guardias.

Se tiró en la cama y cogió de la mesa de noche una bonita manzana que había preparado la noche anterior para el desayuno. Ahora era su único desayuno y en cualquier caso, como comprobó dándole un buen mordisco, mucho mejor que el desayuno del sucio café nocturno que habría conseguido gracias a la misericordia de los guardias. Se sentía bien y confiado, hoy por la mañana iba a faltar a su trabajo en el banco, pero eso era fácil de disculpar habida cuenta de la posición relativamente alta que ocupaba allí. ¿Tendría que ofrecer la verdadera disculpa? Se proponía hacerlo. Si no le creían lo poco de razonable que había en este caso, entonces podría poner a la señora Grubach de testigo o también a los dos viejos de arriba, quienes seguro en ese momento estaban en marcha hacia la ventana del frente. A K le asombraba, por lo menos le asombraba pensándolo desde el punto de vista de los guardias, que lo hubieran empujado a la alcoba y lo dejaran solo ahí, donde tenía decenas de posibilidades de matarse. Al mismo tiempo se preguntó, sin embargo, esta vez desde su propio punto

de vista, qué razón tendría para hacerlo. ¿Acaso porque los dos estaban sentados al lado y le habían quitado su desayuno? Habría sido tan insensato matarse que, aun si hubiera querido hacerlo, habría sido incapaz de ello a causa de la misma insensatez. Si la estrechez intelectual de los guardias no hubiera sido tan obvia habría podido suponerse que, debido a la misma certeza, tampoco ellos habían visto ningún peligro en dejarlo solo. Ahora podían ver muy bien, si les apetecía, cómo iba a un armario en el que guardaba un buen aguardiente, cómo vaciaba primero un vasito para reemplazar el desayuno y cómo dedicaba un segundo vasito a infundirse ánimo, esto último sólo por precaución, para el caso improbable de necesitarlo.

En eso lo sobresaltó de tal forma una llamada procedente de la habitación de al lado que se golpeó los dientes con el vaso.

—¡El inspector lo llama! —decían.

Fue sólo el grito lo que lo sobresaltó, aquel grito breve, entrecortado, militar del que no habría creído capaz al guardia Franz. La orden misma le complacía mucho.

—¡Finalmente! —exclamó, cerró el armario y se precipitó en el acto a la habitación contigua.

Allí estaban los dos guardias y lo empujaron, como si fuera lógico, de vuelta a su alcoba.

—¿Qué le pasa a usted? —exclamaron—. ¿Quiere presentarse en mangas de camisa ante el inspector? ¡Le hará dar una paliza y a nosotros con usted!

—¡Suéltlenme, por todos los diablos! —exclamó K, arrinconado ya junto al guardarropa—. Si me asaltan en la cama no pueden esperar encontrarme en traje de fiesta.

—No hay remedio —dijeron los guardias, quienes siempre, cuando K gritaba, se mostraban muy tranquilos, es más, casi tristes, y con eso lo confundían o de cierta manera lo hacían entrar en razón.

—¡Ceremonias ridículas! —volvió a rugir él, cogiendo, no obstante, un saco de la silla y sosteniéndolo un momento con ambas manos, como si lo sometiera al escrutinio de los guardias. Estos sacudieron la cabeza.

—Debe ser un saco negro —dijeron.

K lanzó entonces el saco al piso y dijo, sin que él mismo supiera en qué sentido lo decía:

—Pero si todavía no se trata del juicio.

Los guardias rieron, pero no cedieron:

—Debe ser un saco negro.

—Si con eso acelero el asunto, entonces de acuerdo —dijo K, abrió el guardarropa, buscó largamente entre los numerosos trajes, eligió su mejor traje negro, un sastre cuyo corte casi había causado sensación entre sus conocidos, sacó asimismo otra camisa y comenzó a vestirse con esmero. En su fuero interno creía haber logrado acelerarlo todo gracias a que los guardias habían olvidado obligarlo a bañarse. Los observaba por si acaso llegaban a recordarlo, aunque, por supuesto, no se les ocurrió; Willem, en cambio, no olvidó mandar a Franz donde el inspector con la noticia de que K estaba vistiéndose.

Una vez vestido del todo, debió atravesar seguido de cerca por Willem la desierta habitación de al lado hasta la habitación siguiente, las dos alas de cuya puerta ya estaban abiertas. Aquella alcoba, como K sabía muy bien, la ocupaba desde hacía poco una señorita Bürstner, una mecanógrafa, que solía salir muy temprano para el trabajo, regresaba tarde a casa y no había cambiado con K más que el saludo. Ahora habían movido la mesa de noche desde su cama hasta el centro de la habitación a modo de mesa del juicio y el inspector estaba sentado detrás. Tenía las piernas cruzadas y un brazo apoyado en el respaldo de la silla.

En una esquina de la alcoba se hallaban tres jóvenes mirando las fotografías que la señorita Bürstner tenía pegadas en una estera